

CAPÍTULO IV

Los canguros.

El rey Fernando había invitado á Andrés Backer á comer en Caserta; primero, porque sin duda creía que la recepción de un banquero tenía menos importancia en el campo que en la ciudad, y segundo, porque había recibido preciosos presentes de que hablaremos más tarde: por esto había procurado vender su pesca más pronto que de costumbre en Margellina, venta que debemos confesarlo para satisfacción de su orgullo, se había realizado con gran contentamiento de su bolsa.

Como ya hemos dicho, Caserta es el Versalles de Nápoles, y en efecto, es un edificio frío y pesado de mediados del siglo XVIII.

Los napolitanos que no han viajado por Francia sostienen que Caserta es más hermoso que Versalles; los que han viajado por Francia se contentan con asegurar que Versalles no vale más que Caserta, y

por último, los viajeros imparciales que no participan de la exageración del amor patrio de los napolitanos, sin levantar mucho á Versalles, ponen á Caserta más baja que la residencia de Luis XIV. Tal es también nuestra opinión y no tememos que nos contradigan los hombres de buen gusto y amantes del arte.

Antes que el moderno palacio de Caserta, y que el Caserta de la llanura, existían el viejo palacio y la vieja Caserta de la montaña, de los que sólo restan, en medio de algunos muros ruinosos, tres ó cuatro torres que aun se mantienen en pie. Allí era donde se elevaba el antiguo castillo de los señores de Caserta, uno de cuyos últimos descendientes, haciendo traición á Tanfredo, su cuñado, fué causa en parte de que se perdiese la batalla de Benevento.

Mucho se ha reprochado á Luis XIV su desgraciada elección del sitio de Versalles, al que han llamado un favorito sin mérito. Nosotros dirigiremos á Carlos III el mismo reproche, aunque Luis XIV tenía al menos la excusa de la piedad filial, que deseaba conservar, encerrándolo en un nuevo edificio, el gracioso castillejo de ladrillos y mármol, lugar de las citas y cacerías de su padre.

Esta piedad filial costó á Francia mil millones de francos.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
N.º de. 1625 MONTERREY, MEXICO

Carlos III no tiene excusa. Nada le obligaba en su país, en el que tanto abundan los parajes deliciosos, á escoger el pie de una montaña desnuda, sin verdura ni agua. El arquitecto Vanvitelli, que edificó Caserta, debió plantar todo un jardín alrededor del antiguo parque de los señores, y hacer descender el agua del monte Taburno, mientras Renneguín-Sualén, por el contrario, tuvo que hacerla subir del río á la montaña, merced á la máquina de Marly.

Carlos III comenzó el palacio de Caserta hacia 1752. Fernando, que subió al trono en 1759, lo continuó, no habiéndolo aún terminado á principios de Octubre de 1798, época en la cual nos encontramos.

De las habitaciones del palacio apenas si estaban amuebladas las dos terceras partes, es decir, las de la reina, príncipes y princesas.

Pero hacía ocho días que Caserta encerraba tesoros que valía la pena viniesen á admirarlos de las cuatro partes del mundo los aficionados á la escultura y aun á la misma historia natural.

Fernando acababa de trasladar de Roma y de depositar allí, en el ínterin que los salones del palacio de Capodimonte estuviesen dispuestos para recibirla, la herencia artística de su abuelo Pablo III,

el papa que excomulgó á Enrique VIII, que firmó con Carlos V y Venecia una liga contra los turcos y que hizo continuar la edificación de San Pedro, encargándosela á Miguel Ángel.

Pero al mismo tiempo que llegaban de Roma las obras maestras del cincel griego y del pincel de la Edad media, otra expedición, que preocupaba de bien distinta manera la curiosidad de S. M. el rey de las Dos Sicilias, había venido de Inglaterra.

Era ante todo un museo etnológico coleccionado en las islas Sandwich por la expedición que siguió á aquella en que perdió la vida el capitán Cook, y diez y ocho canguros, machos y hembras, traídos de Nueva Zelanda y para los cuales Fernando hizo preparar, en medio del parque de Caserta, un magnífico cercado con jaulas para hospedar á estos interesantes cuadrúpedos, si es que pueden llamarse cuadrúpedos á marsupiales disformes que tienen las patas de atrás tan largas que les permiten dar saltos de veinte pies, y muñones por patas delanteras. Justamente acababan de sacarlos de las jaulas y de lanzarlos al cercado, con gran contentamiento de Fernando, que gozaba viéndoles dar saltos enormes, espantados por los aullidos de Júpiter, cuando vinieron á anunciarle la llegada de Andrés Backer.

— Está bien, está bien, dijo el rey; voy á ense-

ñarle lo que nunca ha visto y que no podría comprar con todos sus millones.

El rey tenía por costumbre sentarse á la mesa á las cuatro; pero para tener tiempo suficiente de hablar con el joven banquero, lo citó para las dos. Un lacayo condujo á Andrés Backer hacia el sitio del parque donde estaba el domicilio de los cangueros.

Distinguiendo el rey de lejos al joven, dió algunos pasos para salir á su encuentro. No conocía ni al padre ni al hijo, sino como á los primeros banqueros de Nápoles, y el título de banqueros del rey que habían obtenido, sólo les había puesto en contacto con los intendentes y el ministro de Hacienda de S. M.; pero nunca con Su Majestad mismo.

Corradino, que hasta entonces se había ocupado del empréstito, dió los primeros pasos y propuso al rey para poner á los banqueros más blandos, halagar su orgullo dando á cualquiera de ellos la cruz de San Jorge.

Dicha cruz había sido naturalmente ofrecida al principal de la casa, es decir, á Simón Backer; pero éste, hombre sencillo, había diferido este honor á su hijo, proponiendo fundar en su nombre una encomienda de cincuenta mil libras, fundación que no se obtiene sino por favor especial del rey. La

proposición había sido aceptada, de manera que su hijo, á cuyo porvenir podía ser útil esta distinción, sobre todó para aproximar, con ocasión de un matrimonio, la aristocracia del dinero á la de sangre azul, era quien había sido nombrado comendador en su lugar.

Ya hemos visto que el joven Andrés Backer tenía airoso continente, que se le citaba entre los jóvenes elegantes de Nápoles, y ya hemos podido notar por algunas palabras cambiadas entre él y Luisa San Felice, que era á la vez hombre de educación y de talento. De modo que muchas damas napolitanas no sentían por él la misma indiferencia que nuestro herofna; y muchas madres de familia no hubieran sentido que el joven banquero, buen mozo, rico y elegante, les hubiera hecho con respecto á sus hijas, la misma proposición que Andrés Backer había hecho al caballero, á propósito de su pupila.

Acercóse Backer al rey con mucha mesura y respeto, aunque con bastante menos timidez que se había acercado á la San Felice una hora antes.

Después de los saludos de costumbre, esperó á que el rey le dirigiese la palabra.

El rey le miró de pies á cabeza y empezó por hacer un leve gesto.

Cierto es que Andrés Backer no tenía patillas ni

bigotes, pero en cambio tampoco llevaba empolvada la coleta, adorno y apéndice sin los cuales en el ánimo del rey, no podía haber hombre que tuviese buen sentido.

Pero como al rey le importaba embolsarse los veinticinco millones, y le daba poco cuidado, después de todo, que el que á prestárselos iba tuviese ó no empolvada la cabeza y una coleta en la nuca, con tal que se los prestara, devolvió graciosamente su saludo al joven banquero, conservando sus manos cruzadas atrás.

— Y bien, señor Backer, ¿cómo va nuestro negocio?

— Su Majestad me permitirá le pregunte de qué negocio quiere hablar, replicó el banquero.

— Del de los veinticinco millones.

— Yo creía, señor, que mi padre había tenido el honor de responder al ministro de Hacienda de Vuestra Majestad, que era cosa arreglada.

— Ó que se arreglaría.

— Nada de eso, señor, arreglada. Los deseos del rey son órdenes para nosotros.

— De modo que venís á anunciarme...

— Que S. M. puede considerar la cosa como hecha. Mañana empezarán en nuestra caja los desembolsos de las diferentes casas á que mi padre ha hecho partícipes en el empréstito.

— ¿Y qué parte toma personalmente en el empréstito la casa de Backer?

— Ocho millones, que están desde ahora á la disposición de V. M.

— ¿Á mi disposición?

— Sí, señor.

— ¿Y cuándo?

— Mañana ó esta misma noche, si V. M. lo desea. Su Majestad puede mandar por ellos con un simple recibo de su ministro de Hacienda.

— Y el mío, ¿no serviría lo mismo? preguntó el rey.

— Mejor todavía, señor. Pero yo no esperaba que el rey hiciese á nuestra casa el honor de enviarle un recibo escrito de su mano.

— Sí, por cierto, y lo daré con mucho gusto... De manera que esta noche...

— Esta noche, si V. M. lo desea; pero en tal caso, como la caja se cierra á las seis de la tarde, sería necesario que V. M. me permitiera enviar un recado á mi padre.

— Como no me desagradaría, querido señor Backer, que se ignorase que he tomado ese dinero, atendiendo á que lo destino á una sorpresa, tendría mucho gusto en que lo trajeran esta noche á palacio.

— Así se hará, señor. Sólo que es menester avisar á mi padre, como he tenido el honor de decir á V. M.

— ¿Queréis volver á palacio para escribir? le preguntó el rey.

— Lo que yo no quisiera sobre todo, señor, sería estorbar al rey en su paseo. Bástanme dos palabras escritas con lápiz, que entregaré á mi lacayo para que las lleve en posta á mi padre.

— Hay un medio más sencillo, dijo el rey, y es mandar vuestro coche.

— Es cierto... El cochero mudará en llegando los caballos y volverá á buscarme.

— Es inútil; yo vuelvo á Nápoles á las siete de la noche, y os llevaré.

— ¡ Señor! ; tanto honor para un pobre banquero! dijo el joven inclinándose.

— ¡ Cáspita! llamáis pobre banquero al hombre que me descuenta en una semana una letra de venticinco millones, y que del día á la noche pone ocho á mi disposición. Yo soy rey, rey de las Dos Sicilias, al menos según dicen, y os confieso que si tuviera que pagaros mañana ocho millones os pediría un plazo.

Andrés Backer sacó un libro de memoria del bolsillo, arrancó una hoja, escribió con lápiz al-

gunas líneas, y volviéndose hacia el rey, le dijo :

— ¿ Me permite S. M. que dé una orden á este hombre?

Y señaló al lacayo que le había acompañado hasta la presencia del rey, y que se había apartado un poco, aguardando el permiso para volverse al palacio.

— Dádsela, dádsela, vive Dios, dijo el rey.

— Amigo mío, dijo Andrés Backer al lacayo, dad este papel á mi cochero, y decidle que vaya inmediatamente á Nápoles y lo entregue á mi padre. Es inútil que vuelva; S. M. me hace el honor de llevarme en su carroza.

Y al decir estas palabras se inclinó respetuosamente ante el rey.

— Si ese muchacho se empolvase la cabeza y llevara coleta, dijo Fernandó, no habría en Nápoles duque ni marqués que le aventajase. En fin, no se puede tener todo.

Y hablando alto, continuó :

— Venid, venid, señor Backer, que voy á enseñaros unos animales que de seguro no habéis visto nunca.

Backer obedeció al rey y echó á andar junto á él, aunque teniendo cuidado de ir un poco atrás.

Condújolo el rey á la cerca donde estaban los

animales que, según él creía, debían ser desconocidos para el banquero.

— ¡ Calla! dijo éste, ¡ son canguros!

— ¿ Los conocéis? exclamó el rey.

— ¡ Oh, señor! dijo Andrés, he matado centenares.

— ¿ Habéis matado centenares de canguros?

— Sí, señor.

— ¿ Dónde?

— En Australia.

— ¿ Habéis estado en Australia?

— No hace más que tres años que volví.

— ¿ Y qué diablos habéis ido á hacer á Australia?

— Mi padre, que no tiene más hijo que yo, es muy bueno para mí. Después de haberme mandado desde la edad de doce hasta la de quince años á la universidad de Jena, me envió desde los quince á los diez y ocho á concluir mi educación en Inglaterra; y en cuanto manifesté el deseo de hacer un viaje alrededor del mundo, consintió sin dificultad. El capitán Flinders iba á emprender su primer viaje de circunvalación, y yo obtuve del gobierno inglés el permiso de partir con él. Nuestro viaje duró tres años, y en él fué cuando, descubriendo en la costa meridional de Nueva Holanda unas islas desconocidas, dióles el nombre de islas de los

Canguros, á causa de la enorme cantidad de ellos que encontró. No teniendo otra cosa que hacer más que cazar, me despachaba á mi gusto, y todos los días mandaba á bordo lo bastante para dar á cada marinero una ración de carne fresca. Flinders hizo después con Bass un segundo viaje, y parece que acaban de descubrir un estrecho que separa del continente la tierra de Van-Diemen.

— ¡ La tierra de Van-Diemen, del continente! ¡ un estrecho! ¡ Ah, ah! dijo el rey, que ignoraba de qué tierras hablaba el banquero y que apenas sabía lo que es un continente. De modo que conocéis esos animales. ¡ Y yo que creía enseñaros algo nuevo!

— Y en efecto, algo nuevo es, y muy nuevo; no sólo en Nápoles, sino en toda Europa; y bajo el punto de vista de la curiosidad, creo que sólo Nápoles y Londres conocen éstos.

— De modo que Hamilton no me ha engañado diciéndome que el canguro es un animal muy raro.

— Y tan raro, señor. Os ha dicho la verdad.

— Entonces ya no siento mis papiros.

— ¿ Los ha cambiado V. M. por papiros? exclamó Andrés Backer.

— Sí, á fe mía: habían encontrado en Herculano veinticinco ó treinta rollos de papel carbonizado, que se apresuraron á presentarme como la cosa

más preciosa de la tierra. Hamilton los vió aquí, y como es aficionado á todas esas antiguallas, y me había hablado de los canguros, y yo le había manifestado el deseo de aclimatarlos en mis bosques, me preguntó si quería dar al Museo de Londres tantos rollos de papiros como canguros me daría el jardín zoológico de aquella ciudad; y yo le dije: « Mandad traer vuestros canguros lo más pronto posible. » Anteayer me anunció la llegada de mis diez y ocho canguros y yo le he dado sus diez y ocho papiros.

— Sir William no ha hecho mal negocio, dijo sonriendo Backer. Ahora falta saber si allá saben desenrollarlos y descifrarlos como aquí.

— ¿Desenrollar el qué?

— Los papiros.

— ¿Y eso se desenrolla?

— Sin duda, señor; y así es como han encontrado muchos manuscritos preciosos que se creían perdidos. Acaso encontrarán algún día el panegírico de Virgilio por Tácito, su discurso contra el procónsul Mario Prisco y sus poesías que nos faltan. ¿Quién sabe si se encontrarán entre los papiros cuyo valor ignorabais, señor, y que habéis dado á sir William?

— ¡Diablo! ¡diablo! ¡diablo! ¿Y decís que sería una pérdida, señor Backer?

— Irreparable, señor.

— ¡Irreparable! ¡ Con tal que se reproduzcan mis canguros, ya que tan caros me cuestan! ¿Qué os parece, señor Backer?

— Lo dudo mucho, señor.

— ¡Diablo! Verdad es que por su museo polinesio, que es muy curioso, como vais á ver, le he dado solamente unas cuantas vasijas de barro rotas. Venid á ver el museo polinesio de sir William Hamilton; venid.

Dirigióse el rey hacia el palacio, seguido de Backer.

El museo de sir William Hamilton no causó á Andrés más admiración que sus canguros. En su viaje con Flinders, había tocado Backer en las islas Sandwich, y gracias al vocabulario polinesio recopilado por él durante su estancia en el archipiélago de Hawai, pudo, no sólo designar al rey el uso de cada arma, el objeto de cada instrumento, sino hasta decirle los nombres que se daban á aquellas armas en el país.

Backer se informó de cuáles eran las vasijas de barro rotas que el rey había dado en cambio de aquellas curiosidades, y el rey le enseñó cinco ó seis magníficos vasos griegos hallados en las exploraciones de Santa-Agata-dei-Goti, nobles y preciosos dones de una civilización perdida, y que hubiesen

bastado para enriquecer los mejores museos. Efectivamente, había algunos rotos; pero sabido es con qué facilidad y arte se componen estas obras maestras de forma y de pintura, y cuán preciosas las hacen las huellas que les ha impreso la pesada mano del tiempo, puesto que ellas prueban su antigüedad y su paso aventurero al través de los siglos.

Backer lanzó un suspiro de artista; hubiera dado cien mil francos por aquellos cacharros viejos y rotos, como los llamaba Fernando, y no hubiese dado diez ducados por las mazas, arcos y flechas recogidos en el reino de Su Majestad Kamehameha I, quien, salvaje como era, no hubiera obrado peor en circunstancias semejantes que su cofrade europeo Fernando I.

El rey, un tanto contrariado al ver la poca admiración que su huésped había manifestado por los canguros australianos y por el museo polinesio, esperaba desquitarse ante sus estatuas y cuadros. Allí el joven banquero manifestó admiración, pero no extrañeza. Gran aficionado á las nobles artes, había visitado, en sus frecuentes viajes á Roma, el museo Farnesio; de suerte que fué él quien hizo al rey los honores de su espléndido patrimonio.

Entre los cuadros, señalóle como obras maestras del Ticiano la *Dánae* recibiendo la lluvia de oro, y

el magnífico retrato de Felipe II, de aquel rey que no había reinado jamás, y que, herido por la mano de Dios, sin duda en castigo de las víctimas humanas que había sacrificado, murió de aquella horrible é inmundada enfermedad pedicular de que había muerto Sila, y de que había de morir Fernando II de Nápoles, que aún no había nacido. Hojeó con él el *Oficio de la Virgen*, de Julio Clovio, obra maestra de la estampería del siglo XVI, que fué transportado hace siete ú ocho años del palacio borbónico al palacio real, y que ha desaparecido como desaparecen en Nápoles tantas otras cosas preciosas, que ni aun tienen por excusa de su desaparición ese amor frenético é indomable que hizo de Cardillac un asesino y del marqués Campana un depositario infiel. Por último, Andrés Backer deslumbró al rey, que, creyendo sería una especie de Turcaret ignorante y vanidoso, acababa de descubrir en él un amante de las artes instruido y cortés.

Resultó de todo esto que, como Fernando era en el fondo un príncipe de buen sentido y de mucho ingenio, en lugar de querer mal al joven banquero porque era hombre instruido, mientras que él, rey de las Dos Sicilias, no era, según él mismo decía, más que un asno, presentóle á la reina, á Actón, á sir William, á Emma Lyonna, no ya con los equivo-

cos miramientos tributados al hombre de dinero, sino con esa urbana protección que los príncipes inteligentes conceden siempre á los hombres de ingenio y de esmerada educación.

Esta presentación fué para Andrés Backer nueva ocasión de descubrir raros conocimientos: habló alemán con la reina, inglés con sir William y lady Hamiltón, y francés con Actón; pero en medio de todo guardó tal modestia y mesura, que al montar en la carroza para llevarle á Nápoles, el rey le dijo:

— Señor Backer, aunque hubieseis conservado vuestro coche, no por eso habría dejado de llevaros en el mío, aunque no hubiese sido más que por tener el gusto de ófros.

Más adelante veremos que el rey se había aficionado grandemente aquel día de Andrés Backer; y por nuestro relato se verá después con qué implacable venganza probó á este desgraciado joven, víctima de su adhesión á la causa real, la sinceridad de la amistad que le había inspirado.

CAPÍTULO V

El hombre propone

No bien hubo partido el rey, llevándose consigo á Andrés Backer, cuando la reina Carolina, que hasta entonces no había podido hablar al capitán general Actón, llegado justamente en el momento de ponerse á la mesa, levantóse, le hizo señal de que la siguiera, encargó á Emma y á sir William que hiciesen los honores del salón, si llegaban algunos convidados antes de su vuelta, y pasó á su gabinete.

Actón entró tras ella.

La reina se sentó é hizo seña á Actón de que se sentase.

— ¿Qué tenemos? le preguntó ella.

— Vuestra Majestad me interroga probablemente á propósito de la carta, replicó Actón.

— ¡Claro está! ¿No recibisteis dos billetes míos en que os suplicaba hicieseis la prueba? Me siento